

Paz Esperanza Carreño Hernández
Estudios de Género y cultura.
Universidad de Chile
pecarreno@uc.cl

La paradoja del silencio en el canto de las sirenas

The paradox of silence in the sirens' song

DOI 10.35588/rp.v0i18.5931

Resumen

La odisea es un poema épico que relata el viaje de Ulises hacia la guerra de Troya y de vuelta a casa. La tragedia aparece en relato en más de un momento. En este ensayo busco pensar el momento en que Ulises se encuentra frente a las sirenas, pues esta escena abre una paradoja en torno a la experiencia del silencio ¿Se puede escuchar el silencio? Abordaré a partir de cuatro apuntes cómo la experiencia del silencio se vuelve trágica, en la medida en que vuelve imposible su representación. En tal contexto busco tensar el paso de Ulises por la isla y su triunfo sobre las sirenas para abrir otros horizontes de escucha.

Palabras clave: silencio, paradoja, Odisea, tragedia.

Abstract

The Odyssey is an epic poem that recounts Odysseus' voyage to the Trojan War and back home. Tragedy appears in the story at more than one point. In this essay I seek to think about the moment when Odysseus finds himself in front of the sirens, as this scene opens a paradox around the experience of silence: can silence be heard? I will address from four notes how the experience of silence becomes tragic, insofar as it makes its representation impossible. In such a context, I seek to strain Ulysses' passage through the island and his triumph over the sirens in order to open up other horizons of listening.

Keywords: silence, paradox, Odyssey, tragedy.

En este escrito busco reflexionar acerca de la paradoja del silencio. En tanto falta de palabra o relato, el silencio marca un hiato entre ausencia y presencia. Hay un instante en el cual quedamos a la espera de la palabra que sigue, por un par de segundos el discurso se interrumpe. Allí se instala para mí una reflexión sobre la escucha ¿cuál es la posibilidad de escuchar el silencio? ¿acaso el silencio ha sido constantemente forzado a su desaparición? ¿tiene sentido pensar una política desde el silencio?

Abordar estas preguntas requiere experimentar la escucha del silencio, desde sus huellas más imperceptibles como la vibración o el eco, hasta el ruido ensordecedor. Dicho de otro modo, este escrito busca reflexionar sobre el silencio asumiendo que este no es un vacío en sí mismo, sino justamente una incitación a agudizar la escucha (Labraña 2017: 15). Bajo esta interpretación desarrollaré cuatro apuntes que no tienen por objeto liberarnos del peso de lo indecible, sino que tramar una reflexión estética y tal vez política acerca del silencio (22).

Pretendo, tal vez sin éxito, alejarme de cualquier teoría que intente explicar la experiencia del silencio forzándola a la palabra. Propongo en cambio, que reflexionemos sobre aquella modalidad de la realidad intelectual y sensual que no se fundamenta en el lenguaje y la representación, sino en fuentes comunicativas tales como el canto (25). Bajo esta idea de silencio, busco recorrer el relato de Homero en el capítulo XII de la Odisea, donde se describe el encuentro de Ulises y las Sirenas, misteriosa experiencia donde reverbera tanto la ausencia como la presencia, entre el canto y el silencio.

I.

Antes de emprender su viaje a Ítaca, Ulises es alertado del peligro que le esperaba en la Isla de las Sirenas. Circe, diosa de la brujería, deja ir a Ulises, mas no sin alertar –Las sirenas les encantarán con sus frescas voces. Pasa sin detenerte después de taponar con blanda cera las orejas de tus compañeros, ¡qué ni uno solo las oiga! Tu solo podrás oírlas si quieres, pero con los pies y las manos atados y en pie sobre la carlinga, hazte amarrar al mástil para saborear el placer de oír su canción– (Homero 2013: 88). De este modo, Ulises siguiendo el consejo de Circe, cubre de cera los oídos de sus compañeros y es atado al mástil del barco.

Al aproximarse Ulises a las sirenas escucha cómo estas lo invitan a oír su canto, este con entusiasmo pide que lo desaten y le permitan oír el misterio de la vida fecunda, que en múltiples ocasiones había atraído mortalmente a todos los hombres que se acercaban. Pero sus tripulantes sordos a causa de los tapones de cera no solo no escuchan a las sirenas, sino tampoco a Ulises, quien permanece atado mientras el barco continúa su camino.

El consejo que Circe dio a Ulises buscaba protegerlo de regreso a Ítaca, pues era sabido que quien escuchara el canto perdería el rumbo y no volvería a casa. Al parecer el seductor canto de las sirenas solo podía ser escuchado a condición de la muerte de sus espectadores, tal como si la muerte fuera el valor que debían pagar por dicho espectáculo. No obstante, Ulises esquivo el canto y logra que sus tripulantes no se detengan.

El texto sugiere que Ulises gracias a su inteligencia logra sortear todos los impedimentos en su regreso, incluido el canto de las sirenas, evitando su muerte y la de la tripulación. En este caso, en conocimiento del seductor llamado de las sirenas, su estrategia le permite de manera forzada la templanza que lo lleva de vuelta a Ítaca.

Ulises desea escuchar el canto de las sirenas, pero aquello que desea escuchar al mismo tiempo pone en riesgo su vida. Se produce allí un espacio de suspenso, entre escucha y muerte; tal vez silencio. En el fondo, el canto de las sirenas será un enigma imposible de resolver justamente porque parece dejar en suspenso la modalidad representativa propia del lenguaje.

II.

La primera pregunta que sugiere el pasaje de la Odisea es ¿qué cantan las Sirenas? Lo que narra Homero no deja entrever ni la más mínima huella del espectáculo de las sirenas. Lo único que de hecho se describe es que ellas cantando invitan a Ulises a que las escuche. Sin embargo, como la embarcación no se detiene, rechazando la invitación de las sirenas, el canto no logra ser oído.

De haberse detenido, Ulises hubiese experimentado el componente mortífero e irreproducible en su canto, confirmando la información dada por Circe, a saber, quien escucha cantar a las sirenas no logra salir de su encanto, ¿qué ocurre entre la invitación y la muerte? Se podría suponer que, finalmente, las sirenas no esbozan palabra alguna acerca de los misterios de la vida fecunda. Si bien las sirenas invitan a Ulises a oír su canto, seduciéndolo a través de la intriga, en el escrito no se relata nada que refiera al misterio, ni a la vida, ni su fundamento u origen ¿Acaso guardan silencio las sirenas? De ser así, ¿qué uso hacen del silencio frente a la astucia de Ulises?

Es Franz Kafka quien vuelve sobre la hazaña de Ulises para abrir un enigma allí donde el canto se pierde. En su cuento titulado “El silencio de las sirenas” (2014) la experiencia de escucha se vuelve no solo seductora y placentera, sino que, al mismo tiempo, horrorosa. Las sirenas hacen que quien escucha su cantar pierda la vida, impidiendo con ello la posibilidad de reproducir el contenido de su canto, en un gesto de imposibilidad, lo que se suspende es el canto,

la voz de las sirenas desaparece, ya sea mediante la evasión de quien escucha o por su muerte. En efecto, quien se aproxima a una experiencia sonora de este tipo es llevado al límite de un deseo mortífero. Este es el desenlace que Ulises, gracias al consejo de Circe, logra evitar, pero hace de su hazaña también el lugar de su fracaso. Nada de aquella invitación a la escucha revela el misterio de la vida. De hecho, Homero al contar con dicho relato no logra tampoco dejar por escrito la experiencia sensible y apasionada de detenerse a oír el canto propiamente.

Debemos suponer, que el canto requiere conservar su carácter efímero. en este caso, debe desaparecer con la muerte de sus auditores o bien ser desapercibido en el silencio de la distancia. Así, la tragedia acontece pese a la inteligencia de Ulises, si bien no es él quien muere a causa de una pasión desmedida, es el canto de las sirenas que en su silencio solo es concebible en tanto ausencia de palabra. Frente a la astucia de Ulises, las sirenas callan y si bien esto las lleva a la muerte evitan la representación de su cantar y su voz se abre paso en frente a Ulises como una ausencia presente. Tragedia, donde la muerte se fuga, lo que se muere queda en el límite de la representación, el canto no se vuelve audible, la vida sigue pese al fracaso de la escucha.

Canto que calla, silencio, pausa que se suspende hasta la muerte. “La palabra más bella es la que habla de sí” en este caso silencio que hace de la ausencia una presencia. (García 2014: 125) “El canto de las sirenas es, a la vez, esa poesía que debe desaparecer para que cobre vida, y esa realidad que debe morir para que nazca la literatura” (Ídem). De este modo, cabe pensar que la tragedia en la imposibilidad misma del canto de las sirenas es condición inaugural de cierta fecundidad creativa en contigüidad con la muerte. O muere quien escucha el canto, o mueren las sirenas a causa de su silencio. Basta con la voz misma del canto o su posibilidad de existir para

que el misterio tenga al menos instancia de ser cantado, aun cuando este no se revele en la palabra.

En consecuencia, es en la ausencia del canto que la representación historizada por Homero será eco del fracaso de Ulises, quien creyendo engañar a las sirenas es a su vez víctima, sin saberlo, de un silencio que pasa desapercibido, que en su ausencia se presenta como una experiencia olvidada.

III.

¿Muere allí el silencio?, ¿Qué hay con el saber acerca de la tierra fecunda que portan las sirenas en su silencio? ¿cuándo se permite acontecer el silencio?

Quien desea sobrevivir no debe prestar oído a aquello irrevocable, tal como sugieren Adorno y Horkheimer (García 2014: 127), sería preferible, en tal caso, cubrirse los oídos con cera y atarse con cadenas a enfrentarse al canto inefable de las sirenas. Sería preferible no escuchar y seguir el camino previamente decidido. Sería preferible no perderse, para conservar de este modo la vida. No obstante, es justo en ese momento donde las sirenas, siguiendo el relato de Kafka, utilizan su arma más terrible: el silencio.

Frente al silencio, la astucia de Ulises es ineficaz. El silencio devora el tiempo que la palabra deja tras su paso. Podrá Ulises evitar escuchar el verso que contiene el canto, pero no podrá evitar la experiencia del silencio. Frente al silencio, el cambio de rumbo no es posible. Es un arma, puesto que las sirenas la utilizan pese a la voluntad de Ulises de no oír; hacen de su fortaleza una debilidad, su *talón de Aquiles*. No hay estrategia que impida el silencio, de modo que aquello que muere -la palabra o los tripulantes- en esa temporalidad robada por el silencio es ineludible.

Tal ruido sordo conjuga presencia y ausencia. “Es un silencio que no está muerto sino, por el contrario, lleno de posibilidades” Kandinsky dirá que “el blanco suena como un silencio, opuesto al negro que será más bien la nada absoluta” (Labraña 2017: 31).

Siguiendo las palabras de Kandinsky, es posible pensar que tanto el blanco como el silencio no son una pausa inocua o ni un mero lugar de paso. Aun cuando la tradición logocéntrica nos va forzando a llenar la página en blanco y saturar de palabra el silencio, tal vez, tal como las sirenas, es preciso por un instante callar. Interrumpir el tiempo, perturbar la trayectoria del barco, desacomodar la linealidad aparente de un viaje que pretende ser exitoso.

Me detengo entonces en la experiencia paradójica del silencio, ya que ahí se abre paso también la posibilidad de una escucha descentrada o difusa. Cuando Ulises intenta oír el canto de las sirenas se agudiza su búsqueda, aun cuando rápidamente la embarcación se aleja de la isla, el enigma del canto insiste, como si hiciera eco en silencio. Y es que el silencio no es un instante propio de Ulises, así como tampoco es exclusivo de las sirenas. La experiencia del silencio se sitúa en un lugar (Derrida 1997), allí donde se dispersa en la distancia. Lugar donde la ausencia intensifica la presencia discreta de aquello que se sustrae. El silencio abre así un lugar o un no-lugar, más bien, un lugar en la medida que su eco se difumina, pero sin contorno claro, se desvanece, se muere.

Entrar en la experiencia del silencio implicará en consecuencia el paso por la muerte, ser tocada por aquello que se pierde entre tantas palabras. Dicho de otro modo, la experiencia del silencio es habitar con el cuerpo su no-lugar, desapropiarse, fundirse con él y luego olvidarlo. Tal como un *impasse* discreto que hará eco en la imposibilidad de dar cuenta en palabras de su contenido.

IV.

Silencio y memoria se enfrentan en la tragedia que acontece con el canto de las sirenas: si son escuchadas nadie da testimonio de su canto ya que todos mueren, pero si se sobrevive –como Ulises– a su canto este es silencio que se olvida, canto que se niega o para el cual no hay escucha.

Con el cantar de las sirenas algo se sustrae. El silencio aparece como una retirada; lugar vacío en el encuentro con Ulises que suspende toda articulación o representación del contenido de su canto. Al mismo tiempo se difumina con mayor intensidad el canto hasta su silencio. ¿Qué es el canto de las sirenas? ¿Es la muerte de las sirenas y su silencio la negación de una existencia no representacional?

Ulises olvida el silencio, no considera su presencia, del mismo modo que Homero al señalar que las sirenas cantan su propio canto. Ambos esquivan la posibilidad de recordar un acontecimiento que escapa su hazaña, física y escritural. Este fue el precio de su sobrevivencia y la capacidad de dar cuenta de un viaje histórico. ¿Dónde queda la memoria en este olvido? ¿es que las sirenas están condenadas desde un principio, no solo a su muerte sino también a su negación? Dicha subordinación estética (Tatián 2012: 32) de la experiencia irrepresentable del silencio condena su canto al olvido y con ello la muerte de las sirenas, quienes se vuelven escollo en medio de una isla solitaria que hará resonar en ellas el mar.

Siguiendo esta idea, cabe destacar la relación entre la experiencia del silencio y la figura femenina de las sirenas en el texto de Homero. Recordemos que la Odisea inicia con la escena en que Telémaco, hijo de Ulises, pide a Penélope, su madre, que guarde silencio, pues los asuntos de la narrativa no le corresponden. No es solo la petición de silencio, lo que aquí me inquieta sino, la imposibilidad de la escucha. Tanto Ulises como su hijo aun estando en presencia de una voz, no

logran dar lugar a lo oído, pues hay algo fuera de lo enunciado que es inadvertido y/o menospreciado.

Es necesario sospechar de la tradición clásica, y cómo esta ha trazado con ímpetu el binomio razón-pasión, ha creado una frontera entre lo masculino y lo femenino y ha conjurado la civilización en oposición a la animalidad. Es en este binomio que la experiencia del silencio es silenciada. En tanto olvido, el silencio forma parte de una temporalidad perdida en la historia. Algo de aquello que desborda la palabra masculina del sujeto histórico es condenado a la representación mediante las categorías o bien es olvidado e imposible de archivar.

Ruido, murmullo, ladrido o silencio serán representados con letras hostiles para evitar el abismo inapropiable del eco apasionado que volvió vulnerable al héroe más astuto. Así como el cantar de las sirenas, el silencio de las figuras femeninas se encuentra constantemente más en relación con su muerte que con su posibilidad de situarse discursiva o creativamente.

¿Qué es aquel silencio olvidado sino una cómoda posición que intenta esquivar la muerte, la seguridad sorda de olvidar aquello que pone en riesgo la representación? ¿Qué son aquellos silencios olvidados sino un intento de sostener una cronología de progreso y evolución racional?

Finalmente, la intriga de Ulises frente al canto de las sirenas hace del silencio una experiencia sin testigo. El espacio entre el silencio y la representación que se abre en la tragedia aquí descrita, es la creación efímera, donde no hay valoración posible, pero reclama aquello existente incluso en la ausencia. Escritura, canto o danza que se desdibuja a su paso y que tensa un instante de tiempo ¿Cómo dar cuenta de esa experiencia del silencio? ¿Qué debió hacer Ulises? ¿Qué pudiesen hacer las sirenas? Tal vez la alternativa aquí es fijar la atención en los *impasses* que dan lugar a la experiencia del silencio, no para descifrarlo sino para hacer eco de ese no lugar.

Espero que este gesto no se entienda como una apología al silencio, pues sin duda ha sido una herramienta que condena y subordina modos de existir impropios como el de las sirenas: exuberantes en sensualidad, pero desterradas a una vida infecunda. Allí una consideración estética, política o epistemológica acerca de la experiencia del silencio podría multiplicar su temporalidad pausada, intensificar las tonalidades de la escucha para propiciar con ello huellas efímeras de la experiencia del silencio que irrumpen a la supuesta unidad del sujeto.

Conclusión

Vale la pena volver sobre este pasaje de “Odisea” para describir la representación del canto de las sirenas. Más que un canto que versa sobre sí mismo, las sirenas gatillan con su canto la vulnerabilidad de Ulises y con un gesto tan cotidiano como sostener la presencia, sin decir nada trazaron huellas de intriga en su retorno. De este modo, si bien la experiencia del silencio es inefable, tiene efectos/afectos que desestabiliza al menos por un instante la seguridad ciega o más bien sorda en la palabra fundamente del conocimiento, hace titubear la templanza de Ulises; así también la nuestra cuando una pausa se sostiene más allá de lo previsto.

El miedo a perder la cordura frente al espectáculo de las sirenas resuena en la ausencia de su contenido. De modo que la imposibilidad de un relato transparente acerca de la experiencia de Ulises hace reverberar una incertidumbre que nos agita, en la misma medida que enmudece. En consecuencia, habitar la experiencia del silencio no se agota en una pasividad vacía, ya que allí donde el silencio devora las palabras resuena la insubordinación de otras existencias inapropiables. Si es posible pensar alguna potencia política en el silencio de las sirenas diré que esta se encuentra en el quiebre, temporal y discursivo, contradicción del deseo que abre un

espacio, por donde la representación no logra sostener su camino, el avance del entendimiento se ve impedido/suspendido. Más allá de quién engaña a quién: si las sirenas engañan a Ulises o si este trama esta escena para burlar incluso a los dioses, lo cierto es que el suspenso en que vibra el silencio impide cualquier configuración estable y plena. Aun cuando, intentemos encerrar el silencio como aquello prescindible en nuestros relatos será su presencia la que agitará la plenitud en el retorno a Ítaca con el vacío de la experiencia que no se podrá contar.

Bibliografía

- Derrida, J. (1997). *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Proyecto A Ediciones.
- García, C. (2014). *Sirenas. Seducciones y metamorfosis*. Madrid: Turner Noema
- Homero. (2013). *La odisea*. Santiago: Zig-Zag.
- Kafka, F. (2014). *Cuentos*. Miami: El Cid Editor.
- Labraña, M. (2017). *Ensayos sobre el silencio. Gestos, mapas y colores*. Madrid: Siruela.
- Tatián, D. (2012). *Lo impropio*. Buenos Aires: Editorial Excursiones.